

ORIGENES Y EVOLUCION DE LA PRESENCIA MILITAR EN AMERICA LATINA

Por MABEL OLIVIERI

SUMARIO

Introducción.—I Parte: 1. Causas, características y condicionamientos de los regímenes militares latinoamericanos en los estudios sobre el período 1930-1980. 1.1. Las relaciones entre la estructura socio-económica, las características del sistema político y los tipos de intervención militar: ¿Son modernizantes los regímenes militares? 1.2. Conflicto social y regímenes militares. 1.3. Las Fuerzas Armadas como categoría y organización. 1.4. Contexto internacional y regímenes militares latinoamericanos.—II Parte: 1. Las diversas fases de la intervención militar en América Latina. 1.1. La colonia. 1.2. Las guerras de independencia. 1.3. El caudillismo. 1.4. La profesionalización: a) antes de 1930; b) después de 1930. 1.5. La guerra interna.—Epílogo.

INTRODUCCION

La búsqueda de las causas de la instauración de regímenes militares en América Latina, constituyó el común denominador de los análisis relacionados con el argumento publicados a partir de los años cincuenta. Dos fueron las tendencias prevalentes: a) La primera, predominante hasta mediados de los años sesenta, estudiaba el fenómeno con el propósito de suministrar interpretaciones válidas para todo el continente. Enfatizaba la «presencia» activa de cuerpos armados durante poco más de siglo y medio de vida independiente, como factor permanente de inestabilidad (que degeneraría en el curso del presente siglo en una gestión en propio del poder). Estas interpretaciones no analizaban en profundidad las diversas características de tal

«presencia» que, en cambio, se articulaba en formas muy distintas: en el tiempo y en el espacio; en virtud de las específicas estructuras socio económicas; como consecuencia de la conformación y legitimación de las instituciones políticas; según el tipo de organización que han asumido los ejércitos; en función del nivel de dependencia externa de cada nación, e c. Por otra parte, si se considera su intensidad, la «presencia» se expresa en modelos muy diferenciados: desde manifestaciones extremas de militarismo —o sea, el control por parte del Ejército de todos los recursos de la nación (en muchos casos con el fin de desarrollar el espíritu bélico)— al «pretorianismo», al «bonapartismo», a casos de nivel mínimo de influencia, resultante de meros vínculos personales. La intervención, además, se ha manifestado históricamente o como expresión de sectores sociales, o a través de la lucha entre grupos contrapuestos de las FFAA, o como la acción individual de un sector contando con la pasividad del resto o, en cambio, como un acto institucional caracterizado por un acuerdo entre los mandos de todas las Armas. Por último, desde un punto de vista temporal, se puede considerar que los regímenes militares nacen, en sentido estricto —es decir, más allá de las distintas manifestaciones de «presencia» de las FFAA en el continente—, durante el período que coincide aproximadamente con la crisis de 1929-1930.

Posteriormente, el triunfo de la Revolución cubana (1959), contribuyó a agudizar el proceso que se estaba delineando en el continente durante los años de la guerra fría y que generó, por contraposición, una nueva etapa en cuanto a los motivos y a las características de las intervenciones.

b) Y es a raíz de la certeza de los límites de las interpretaciones generalizantes, que a partir de los años setenta se desarrolla una diversa línea de análisis, que utiliza fundamentalmente investigaciones monográficas destinadas a superar, tanto la extrema generalización de las tesis globales en relación a un área demasiado diferenciada y dilatada, como la precariedad de exámenes interpretativos referidos a procesos recientes o todavía vigentes.

En la primera parte del trabajo, proponemos un esquema crítico de análisis de las distintas interpretaciones, reuniéndolas en cuatro grupos que creemos que corresponden, básicamente, a los principales itinerarios de la bibliografía especializada. Ellos son: a) la asignación a las FFAA de un carácter modernizante (en consideración a una supuesta supremacía técnica en sociedades atrasadas); b) la función de sector frenante de las expectativas populares; c) las FFAA como categoría autónoma, y d) los regímenes militares latinoamericanos en el contexto internacional.

En la segunda parte, presentamos un proyecto de periodización de las diversas etapas de la «presencia» militar en el subcontinente que, a nuestro

juicio, refuerza nuestra tesis de la imposibilidad de dar un carácter unívoco a las causas que originan los regímenes militares. Sumariamente delinearemos cinco períodos fundamentales: *a)* la colonia; *b)* las guerras de independencia; *c)* el caudillismo; *d)* origen y profesionalización de los Ejércitos nacionales, y *e)* la guerra interna. Consideramos necesario exponer este esquema, ya que una parte de los estudiosos especializados consideran todas las distintas manifestaciones de «presencia» militar como expresiones indiferenciadas de un «militarismo» genérico cuyos orígenes, para algunos, se encuentra en las guerras de independencia de los primeros años del siglo pasado y para otros incluso en la época de la Conquista, como una herencia de la organización militar española.

PRIMERA PARTE

1. *Causas, características y condicionamientos de los regímenes militares latinoamericanos en los estudios sobre el período 1930-1980*

En esta primera parte se examinarán los distintos aspectos de la ensayística especializada, en gran parte de origen estadounidense.

Este análisis mostrará en primer lugar la disparidad de criterios y las incertidumbres que perduran sobre el tema, evidenciando, entre otras cosas, la correlación entre la orientación (y la asiduidad) de los estudios sobre el argumento y algunas mutaciones significativas del contexto internacional que, en mayor o menor medida, han influido en las características específicas y en los condicionamientos de los regímenes militares latinoamericanos.

En segundo lugar, la presente relectura esquemática permitirá verificar en qué modo varias teorizaciones que tuvieron en su momento enorme difusión fueron superadas o refutadas por los acontecimientos de las últimas décadas.

1.1 *Las relaciones entre la estructura socioeconómica, las características del sistema político y los tipos de intervención militar: ¿son modernizantes los regímenes militares?*

Las oscilaciones de la estrategia norteamericana con respecto a las Fuerzas Armadas y a los regímenes militares latinoamericanos se reflejan en las divergentes trataciones de los estudiosos estadounidenses sobre el tema. En un primer momento algunos autores, basándose en el modelo constitucional

adoptado por las naciones latinoamericanas, estudiaron la participación militar y los regímenes relativos como fenómenos desviantes que se presumían transitorios.

a) Muchos de estos análisis trataban de establecer correlaciones entre variables económicas, sociales o políticas y los tipos de «presencia militar». En este sentido, S. M. Lipset (1) afirmaba que a mayor nivel de desarrollo económico y a un grado superior de legitimidad política, debía corresponder una menor asiduidad de intervención militar. El estudioso inglés S. Finer (2) planteaba un trabajo de tipo teórico general en el ámbito de las *civic-military relations*, un campo de investigación que deriva de los análisis de gran parte de la filosofía política clásica desde Hobbes, Locke, Hamilton, Madison, Tocqueville hasta Weber, quienes consideraban el problema militar uno de los nudos no resueltos en la formación del Estado moderno. Y, en este sentido, Finer sostiene que la influencia militar crece, a nivel mundial, constantemente, y se pregunta si no es el caso de investigar por qué no hay más golpes de estado militares en lugar de tratar de analizar sus causas. Partiendo del concepto de «cultura política» —interpretada fundamentalmente como consenso a las instituciones civiles—, la dividía en varios niveles, afirmando que a los más bajos corresponden mayor cantidad de golpes. Esta tesis lo llevaba a sostener que Chile, Uruguay y Méjico, por el alto nivel de sus «culturas políticas», registrarían una mayor estabilidad. Argentina, a la cual le asignaba un puntaje más bien alto considerando sus indicadores de modernización, representaba una «interesante excepción».

Otros estudiosos [T. Wyckoff (3), J. Powell (4), B. G. Burnett (5)] sostenían que la existencia de «estructuras políticas» (partidos, sindicatos, burocracia) sólidas excluían la injerencia militar. Uno de los ejemplos era Chile.

Estos análisis, cuya validez ha sido refutada por la historia, incurrían frecuentemente en forzaduras, ya que tendían a considerar las intervenciones militares hechos transitorios y desviantes.

b) Posteriormente, estos puntos de vista son abandonados, y en los

(1) S. M. LIPSET: «Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy», en *American Political Science Review*, LIII, 1959.

(2) S. FINER: *The Man on Horseback*.

(3) T. WYCKOFF: «Tres modalidades del militarismo latinoamericano», en *Combate*, 12, 1960.

(4) J. POWELL: «Military Assistance and Militarism in Latin America», en *Western Political Review*, 2, 1965.

(5) B. C. BURNETT: *Political Groups in Chile: The Dialogue between Orders and Change*, Austin, 1970.

estudios publicados en los primeros años sesenta se afirma que los regímenes militares son modernizantes o, al máximo, inevitables en el proceso de crecimiento de las naciones latinoamericanas. Emblemáticos en la defensa de esta nueva concepción son los trabajos de J. Johnson (6), que aplicaba a América Latina las tesis de L. Pye (7) y de E. Shils (8) sobre la acción modernizante, que, a su juicio, debían desarrollar los ejércitos en los países emergentes del tercer mundo (estos autores habían estudiado específicamente las naciones de Africa y Asia de reciente independencia). Análisis como los de J. Johnson [en el mismo sentido, J. Lambert (9)] reflejan, según W. Barber y C. Neale Ronning (10), la diversa política militar del Gobierno de Washington en el continente: superado el período de la «guerra fría», pasa a ser urgente la preparación de la «guerra interna».

c) Otros autores asignan fundamental importancia a variables coyunturales de tipo social. Según los datos que examina M. Brodersohn (11) —relativos a Argentina en el período 1955-1970—, en los años que preceden a cada uno de los golpes militares había habido un aumento del producto nacional superior a la media —en ningún caso inferior al 7,1 por 100—, verificándose al mismo tiempo un incremento de la cuota del rédito nacional del trabajo dependiente. Durante los Gobiernos militares, ésta disminuye a favor de los otros réditos (durante el último año del régimen militar —1966-1972— la cuota del rédito nacional bruto correspondiente a los asalariados alcanzó el punto más bajo del período 1950-1972, o sea, inferior al cuarenta por ciento).

Los análisis de correlaciones de M. Solaun y M. Quinn (12) —si bien no llegan a superar la dificultad de encontrar variables explicativas válidas para todo el subcontinente— descubren índices positivos entre la emergencia de regímenes militares, la alta tasa de crecimiento urbano, la proximidad de las

(6) J. J. JOHNSON: «The Military as a Politically Competing Group in a Transitional Society», en el volumen recopilado por el autor *The Role of the Military in Underdeveloped Countries*, Princeton, 1962.

(7) L. PYE: «Armies in the Process of Political Modernization», en J. J. JOHNSON (recopilador): *The Role of...*, cit.

(8) E. SHILS: «The Military in the Political Development of the New States», en J. J. JOHNSON (recopilador): *The Role of...*, cit.

(9) J. LAMBERT: *Les interventions militaires*.

(10) W. BARBER y C. NEALE RONNING: *Internal Security and Military Power. Counter Insurgency and Civic-Action in Latin America*, Columbus, 1966.

(11) M. S. BRODERSON: «Sobre 'Modernización y autoritarismo' y el estancamiento inflacionario argentino», en *Desarrollo Económico*, 51, 1973.

(12) M. SOLAUN y M. QUINN: *Sinners and Heretics: The Politics of Military Interventions in Latin America*, Urbana, 1973.

elecciones y las situaciones de conflicto social agudo. M. C. Needler (13), comparando distintas naciones del área, encuentra una cierta correlación entre la movilización electoral a favor de partidos populares y el «golpismo preventivo».

1.2 *Conflicto social y regímenes militares*

En la segunda mitad del siglo xx, los militares latinoamericanos en su mayoría ya no pertenecían a los sectores sociales más elevados. Una serie de trabajos, entre los cuales el ya citado de J. Johnson (14), otros de J. L. de Imaz (15), A. Stepan (16), L. North (17), A. Joxe (18), así como algunos más recientes, de los cuales nos ocuparemos, confirmaban que los oficiales superiores en Argentina, Brasil, Chile, Méjico, Uruguay y Perú no provenían principalmente de los estratos sociales más acomodados, sino más bien de los sectores medios, en proporción diversa según los países.

Esta constatación contradecía la convicción general de los estudiosos anglosajones del papel estabilizador de las capas medias, ya que en consideración a las nuevas fuentes de reclutamiento de las Fuerzas Armadas latinoamericanas, según aquella teoría, las injerencias militares hubieran tenido que disminuir sensiblemente.

J. Nun (19), analizando los dos países en los cuales la contradicción aparecía macroscópica: Argentina y Brasil, sostenía que por el hecho de constituir el sector más organizado de las clases medias, el ejército se había convertido en un permanente factor de inestabilidad. Los sectores medios en los dos países estudiados no han querido —agregaba— mellar la hegemonía de las oligarquías, al menos hasta la crisis de 1930, que fijó el fracaso

(13) M. C. NEEDLER: «Political Development and Military Intervention in Latin America», en *American Political Science Review*, 3, 1966.

(14) J. J. JOHNSON: *Political Change in Latin America. The emergence of the Middle Sectors*, Stanford, 1958. Para una prolija refutación de las tesis johnsonianas («una buena muestra de lo que no hay que hacer»), véase: E. GARZÓN VALDÉS: «La paradoja de Johnson. Acerca del papel político-económico de las clases medias en América Latina», en *Sistema*, 56, 1983.

(15) J. L. DE IMAZ: *Los que mandan*, Buenos Aires, 1964.

(16) A. STEPAN: *The Military in Politics: Changing Patterns in Brazil*, New Jersey, 1971, y *Authoritarian Brazil, Origins, Policies and Future*, New Haven, 1973.

(17) L. NORTH: *Civil-Military Relations in Argentina, Chile and Peru*, Berkeley, 1966.

(18) A. JOXE: *Las Fuerzas Armadas en el sistema político chileno*, Santiago, 1970.

(19) J. NUN: «A Latin American Phenomenon: The Middle Class Military Coup», en *Trends in Social Science Research in Latin America Studies*, Berkeley, 1965.

del modelo económico agroexportador. Desde entonces han tratado de emanciparse de aquéllos, pero temiendo al mismo tiempo el avance de los sectores subalternos. La inestabilidad política, por tanto, debería imputarse al debatirse de los estratos medios entre conflictos de intereses que involucraban prevalentemente a su representante cualificado: el ejército.

S. Huntington (20), en un análisis que tiene muchos puntos de contacto con el anterior, sostenía que en la última parte de los años sesenta los regímenes militares asumían características cada vez más retrógradas: «En el mundo de la clase media el militar es partidario y juez; en la medida en que las masas se asoman al horizonte, se convierte en guardián conservador del orden existente.» G. Philip (21), si bien se opone a la genericidad de estas afirmaciones, considera que, en línea de máxima, éstas están confirmadas por la trayectoria del discutido régimen peruano de 1964, que realizó algunas reformas aparentemente radicales en el campo económico sin extender concretamente la movilización a los estratos más bajos de la sociedad.

Un defecto recurrente de estas trataciones es el uso de la expresión «sectores medios», sin especificar los estratos sociales que comprende; en consecuencia, no resulta claro quién es el que se beneficia con los golpes.

Un punto en común de los distintos golpes de estado y de los regímenes militares desde los años sesenta es el hecho de que su manifestación e instauración coincide con períodos de aguda conflictividad social, manifiesta o latente, imputable a las más o menos apremiantes instancias económicas y políticas de los sectores tradicionalmente marginados o menos favorecidos y de algunas fracciones intermedias que amenazan las posiciones alcanzadas, pero no suficientemente consolidadas por algunos estratos de la escala social (G. O'Donnell) (22).

1.3 *Las Fuerzas Armadas como categoría y como organización*

Algunos estudios publicados en los últimos años cincuenta y primeros de los sesenta consideraban el avance del proceso de profesionalización de las Fuerzas Armadas la *conditio sine qua non* para superar la inestabilidad política latinoamericana. En este sentido, el más conocido es el trabajo de

(20) S. P. HUNTINGTON: *Political Order in Changing Societies*, New Haven, 1968.

(21) G. PHILIP: «The Soldier as Radical: The Peruvian Military Government, 1968-1975», en *Journal of Latin American Studies*, 1, 1976.

(22) G. O'DONNELL: *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, 1972.

E. Lieuwen (23), que tuvo mucha difusión en América Latina. Afirmaba que las Fuerzas Armadas se mantenían políticamente neutrales en los países en los cuales se había completado el proceso de transición al profesionalismo; por ejemplo, Chile, en consideración a la profesionalización precoz de su ejército. Sostenía, además, que las Fuerzas Armadas aceptaban el control de la autoridad civil y una cuota del balance nacional, no demasiado alta, sólo en las naciones del área en las cuales se había verificado un cambio social sustancial caracterizado por la incorporación de las masas en el sistema político. Ilustraba estas afirmaciones con los casos de Bolivia (estaba todavía en el poder el MNR), Uruguay, Méjico y Costa Rica.

Para el politólogo americano S. Huntington (24) es evidente la relación positiva, a nivel mundial, entre profesionalismo y estabilidad.

V. Alba (25) distingue tres etapas ideales del profesionalismo: militar de cuartel, militar de escuela y militar de laboratorio. En la última categoría, el oficial es esencialmente un técnico sin las armas ni los ejércitos convencionales a disposición y, por tanto, no se encuentra en condiciones de emprender acciones de fuerza.

En el ámbito de las *civic-military relations*, las tesis precedentes fueron refutadas, a nivel de análisis general, por J. van Doorn (26) y por S. Finer (27). El primero sosteniendo que sólo en los países de un nivel avanzado de desarrollo la profesionalidad da origen a la estabilidad; S. Finer recordando que los hiperprofesionales ejércitos prebélicos alemán y japonés no economizaron sus intervenciones sobre el poder político, especialmente en el segundo caso.

La profesionalidad se manifiesta en un contexto sociohistórico determinado y da origen a intereses de cuerpo, intereses de categoría y, finalmente, a una serie de valores (*role-culture*). Se añade a todo esto el hecho de que el peso político de una organización es relativo al alcanzado por los otros cuerpos del Estado.

a) Por lo que se refiere a los intereses de cuerpo, algunos autores sostienen que existe una correlación entre la disminución de los gastos militares y los golpes, tanto que una vez victoriosos aumentan de inmediato la cuota de gastos del ejército en los balances nacionales. Pero estos análisis han de-

(23) E. LIEUWEN: *Arms and Politics in Latin America*, Nueva York 1960.

(24) S. P. HUNTINGTON: *The Soldiers and the State. The Theory and Politics of Civil-Military Relations*, Cambridge, 1957.

(25) V. ALBA: *El militarismo*, México, 1959.

(26) J. VAN DOORN (recopilador): *Military Profession and Military Regimes. Commitments and Conflicts*, The Hague, Paris, 1969.

(27) S. FINER: *The Man on...*, cit.

mostrado que en muchos casos son erróneos; en Perú, p. ej., en los dos años anteriores al golpe de 1968, el *budget* militar había sido incrementado.

b) En cuanto al aspecto relativo a los intereses de categoría, M. Kling (28) afirmaba que el intervencionismo puede ser un canal de movilidad social: consiente a los oficiales ocupar funciones de decisión que los ponen en contacto con los sectores económicos y financieros. En un régimen militar o en un sistema en el cual las Fuerzas Armadas tengan una posición privilegiada, para los militares —incluso en retiro— se les simplifica el acceso a posiciones dirigentes en la industria y en las finanzas, incluso en el campo privado. Según este tipo de tesis, en las naciones latinoamericanas más atrasadas el golpe y el control del poder político serían las únicas vías para obtener ventajas de las oligarquías locales. S. Finer (29) agrega que el golpe da a las Fuerzas Armadas latinoamericanas, poco empeñadas en conflictos internacionales, la posibilidad de justificar su representación.

c) En los análisis monográficos de los últimos años sobre las Fuerzas Armadas latinoamericanas en distintos contextos nacionales [*Argentina*: D. Canton (30), R. Potash (31), A. Rouquie (32); *Brasil*: G. Fiechter (33), M. de Carvalho (34), M. Schooyans (35), A. Stepan (36); *Chile*: A. Joxe (37), F. Nunn (38), A. Valenzuela (39); *Perú*: A. Angell (40), C. Astiz (41),

(28) M. KLING: «Towards a Theory of Power and Political Instability in Latin America», en *Western Political Quarterly*, 1, 1956.

(29) S. E. FINER: *The Man on...*, cit.

(30) D. CANTON: *La política de los militares argentinos: 1900-1971*, Buenos Aires, 1971.

(31) R. A. POTASH: *The Army and Politics in Argentina, 1928-1945*, Standford, 1969, y *The Army and Politics in Argentina, 1945-1962*, Standford, 1980.

(32) A. ROUQUIE: *Poder militar y sociedad política en la Argentina, 1943-1973*, Buenos Aires, 1982.

(33) G. FIECHTER: *Le régime modernisateur du Brésil, 1964-1972. Etudes sur les interacciones político-économiques dans un régime militaire contemporain*, Gincbra, 1972.

(34) J. MURILO DE CARVALHO: «Armed Forces and Politics in Brazil», en *The Hispanic American Historical Review*, V, 1982.

(35) M. SCHOYANS: *Destin du Brésil. La technocratie militaire et son idéologie*, 1973.

(36) A. STEPAN: *The Military in Politics. Changing Patterns in Brazil*, Princeton, 1971, y *Authoritarianism Brazil...*, cit.

(37) A. JOXE: *Las Fuerzas Armadas...*, cit.

(38) F. M. NUNN: *The Military in Chilean History: Essays on Civil-Military Relations, 1810-1973*, Albuquerque, 1976, y *Chilean Politics, 1920-1931. The Honorable Mission of the Armed Forces*, Albuquerque, 1970.

(39) A. VALENZUELA: *Six Years of Military Rule in Chile*, Washington, 1982.

(40) A. ANGELL: «Peruvian Labour and the Military Government since 1968», en *Working Paper*, núm. 3, 1980, Inst. of Latin America Studies, Un. of London.

L. Einaudi (42), G. Philip (43), V. Villanueva (44), A. Zimmermann Zavala (45), etc.] se consideran los aspectos relativos al *role culture* (cultura di rol), al espíritu de cuerpo y a la organización de la institución. El desplazamiento en el territorio y el control sobre los núcleos fundamentales para la seguridad del Estado no son patrimonio exclusivo de los militares del continente. Son originales, en cambio, aquellas funciones derivadas de la política de nacionalización de los años treinta relativas a la gestión de algunas estructuras básicas del proceso productivo. De ello depende un específico peso en la sociedad y, frecuentemente, la convicción de los cuadros militares de poseer una preparación superior y más funcional que las élites civiles. Por otra parte, la lucha antisubversiva contribuyó a desarrollar en las Fuerzas Armadas latinoamericanas un fuerte espíritu de cuerpo. Una de las manifestaciones más evidentes de esta cohesión es la elaboración de teorías unitarias propias relativas a la conducción del Estado y al desarrollo económico. Si inicialmente los militares constituían, en algunos casos, la mano armada útil para alcanzar determinados resultados auspiciados esencialmente por los sectores civiles dirigentes, posteriormente algunas escuelas superiores de las Fuerzas Armadas —frecuentadas no sólo por los oficiales de alto rango, sino también por personalidades de la industria, de las finanzas, del clero y del mundo académico— se convirtieron en «centros de programación de los objetivos nacionales», donde nacían y se desarrollaban las teorías o ideologías motoras de los regímenes militares latinoamericanos. Si bien los planes que allí se elaboraban no se aplicarían luego mecánicamente, es necesario subrayar la importancia de estas instituciones que contribuyeron a excluir el carácter meramente casual de los golpes militares.

M. Schooyans (46) y G. Fiechter (47), ilustrando el programa y los objetivos de la Escola Superior de Guerra (ESG) brasileña —conocida como Sorbona—, que se inspiraba en sus orígenes en el National War College de los Estados Unidos, describen algunas de las secciones de estudio: «problemas psicológicos y sociales», «doctrina y coordinación», «refuerzo del poder ejecutivo», «lucha antisubversiva», «planificación del sistema electoral», de la

(41) C. ASTIZ: *Pressure Groups and Power Elites in Peruvian Politics*, Ithaca, 1965.

(42) L. R. EINAUDI: «Perú: classi militari e relazioni con gli Stati Uniti», en S. SECHI (recopilador): *Dipendenza e sottosviluppo en América Latina*, Turin, 1972.

(43) G. PHILIP: *The Soldier...*, cit.

(44) V. VILLANUEVA: *Cien años del Ejército peruano: frustraciones y cambios*, Lima, 1972, y *El CAEM y la Revolución de la Fuerza Armada*, Lima, 1972.

(45) A. ZIMMERMANN ZAVALA: *El Plan Inca. Objetivo: revolución peruana*, Barcelona, 1975.

(46) M. SCHOOPYANS: *Destin du Brésil...*, cit.

(47) G. FIECHTER: *Le régime modernisateur...*, cit.

educación», etc. En Argentina la Escuela de Defensa Nacional y en Perú el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), que tuvo una actuación esencial en el golpe de 1968, representan algunos de los casos paralelos al modelo brasileño.

El énfasis puesto en el específico camino de la profesionalidad de los ejércitos latinoamericanos culminante en las escuelas superiores, generadoras de ideologías, limita el alcance de las teorías que consideraban la pertenencia social el factor determinante de las intervenciones militares del área.

1.4 Contexto internacional y regímenes militares latinoamericanos

A las tradicionales denuncias de los sectores antimilitaristas latinoamericanos se agregaron, durante un cierto período, las acusaciones de algunos autores estadounidenses por la política de «ayuda militar» de Washington, considerada la causa de las dictaduras militares en el subcontinente. Entre otros, se ocupan del argumento, documentando y analizando la «asistencia militar», H. Walterhouse (48), B. Glick (49), M. Francis (50), R. Case (51), W. Barber y C. Neale Ronning (52). A. Rouquié (53) sostiene que las causas de las intervenciones militares se encuentran prevalentemente en las sociedades en las cuales se verifican más que en la influencia de la política norteamericana. A este respecto, no es ocioso recordar que la orientación política de la potencia hegemónica no ha sido unívoca: en los años cincuenta, el Pentágono, que ayuda a los golpes militares o boicotea los gobiernos civiles de tendencia popular (por entonces Paz Estenssoro en Bolivia), actúa aparentemente en contradicción con la política del Departamento de Estado.

Sólo seis semanas después de asumir la presidencia, J. F. Kennedy, el 13 de marzo de 1961, emite el programa de la «Alianza para el Progreso», un plan de colaboración para una acción reformista en los países latinoamericanos destinado a generar «desarrollo económico por vía democrática», encargando la dirección a las Fuerzas Armadas de la región.

J. Johnson (54) afirma que «la indiscutida victoria de Castro en Cuba

(48) W. WALTERHOUSE: «Good neighbours in uniform», en *Military Review*, 1965.

(49) B. GLICK: *The Non-Military Use of the Latin America Military. A more Realistic Approach to Arms Control and Economic Development*, Santa Mónica, 1964.

(50) M. FRANCIS: «Military aid to Latin America in the Unites States Congress», en *Journal of Inter-American Studies*, 3, 1964.

(51) R. CASE: «El entrenamiento de los militares latinoamericanos en los Estados Unidos», en *Aportes*, 6, 1967.

(52) W. BARBER y C. NEALE RONNING: *Internal Security...*, cit.

(53) A. ROUQUIÉ: «Le rôle politique des forces armées en Amérique Latine. État des travaux», en *Revue Française de Science Politique*, 4, 1969.

(54) J. J. JOHNSON: *The Military and...*, cit.

provocó un desafío en Hispanoamérica: o encontrar lo más rápidamente posible los medios para satisfacer una cuota razonable de las justas demandas de las masas desesperadas o verlas dirigirse hacia políticas extremistas para la solución de sus problemas». Para responder a esta prueba, las Fuerzas Armadas, además del empeño en la lucha anticomunista y antisubversiva, deberían demostrar su capacidad de llevar adelante el programa de desarrollo. Una victoria en este campo, o al menos la percepción del esfuerzo, serían fundamentales para cambiar la imagen de las Fuerzas Armadas entre la población y un auxilio no indiferente para la lucha antisubversiva. Es por eso que los interlocutores privilegiados en la actuación del programa resulten ser los ejércitos latinoamericanos.

Esta nueva línea estratégica, según los autores citados, se proponía dos objetivos centrales: a) reforzar las relaciones civiles-militares con la participación de las Fuerzas Armadas en el desarrollo económico a través del programa de *civic-action*; b) reforzar el papel extrainstitucional de los ejércitos.

Contemporáneamente —como explica C. Bañales Guimaraes (55) para Uruguay—, se trata de fortalecer el ejército, con menoscabo de la marina y de la aeronáutica.

Para I. L. Horowitz (56), la coincidencia entre los intereses irter racionales —en primer lugar, los de los Estados Unidos, la potencia hegemónica del continente— con los de las *élites* locales se encuentran en la base de los regímenes militares. Sostiene que en las naciones de la región las autoridades no son legitimadas por toda la población, sino por un sector de *élite* que no quiere o no es capaz de extender la participación a los estratos subalternos. Las Fuerzas Armadas, aun cuando reclutadas entre las capas dominantes, emergen como un grupo mediador o redistribuidor del poder entre las *élites*. En realidad, cada uno de los sectores tendría sólo la posibilidad de impedir que uno de los otros gobierne por un tiempo demasiado prolongado. Cuando el conflicto entre *élites* llega a ser insoportable, los golpes de estado y los regímenes militares derivantes serían los medios para mitigar las tensiones y para implicar alternativamente distintas *élites* con el objeto de mantener un especial sistema, «falangista» según Horowitz. Esto explicaría las diversas orientaciones que pueden asumir los regímenes emergentes en función de los intereses que prevalecen cada vez. La movilización y la participación en el sistema de los sectores tradicionalmente marginados contribuiría a desbaratarlo. Ante esta eventualidad, los intereses de los grupos dominantes —in-

(55) C. BAÑALES GUIMARAES: «Las fuerzas armadas y la crisis uruguaya», en *Aportes*, 9, 1968.

(56) I. L. HOROWITZ: «El militarismo en América Latina», en *Revista de Ciencias Políticas*, 45-46, 1966.

cluso extranjeros, que controlan sectores claves de la economía— coinciden con los de la potencia hegemónica, que, orientando la propia estrategia hacia la lucha contra el comunismo y sobre la *counter-insurgency*, considera la movilización de esos grupos un obstáculo para la consolidación del sistema regional de seguridad y para mantener el *statu quo*. Esta situación se puede registrar hacia el final de los años sesenta, ya que precedentemente —según el mismo autor— las Fuerzas Armadas no en todos los casos habían defendido el *statu quo*; así, por ejemplo, las revoluciones de Guatemala y Bolivia.

Otros autores, constatando que en algunos países del área la incorporación, si bien limitada, de los estratos populares se había producido —específicamente por obra de los sistemas populistas de los años cincuenta y sesenta, originando regímenes «bonapartistas» o «cesaristas»—, consideran que el nuevo conflicto consiste en la institucionalización de las masas sin generar políticas autónomas. En países como Argentina y Brasil este período coincide con la conclusión de la guerra mundial y el comienzo de la guerra fría y las sucesivas injerencias estratégicas de los Estados Unidos para preservar el *statu quo*.

En una nación más atrasada, como el Perú [véase J. Cotler (57) para un agudo análisis], había espacio para una cierta movilización de los estratos marginados que convirtieron el primer período del Gobierno militar en un régimen «populista», caracterizado a nivel internacional por la polémica con los Estados Unidos por la nacionalización de la empresa petrolífera IPC, por la apertura de relaciones diplomáticas con naciones del Este y por la presencia de un observador peruano a las reuniones de los países no alineados. G. O'Donnell (58) afirma que en las naciones más desarrolladas del área la superación del conflicto requiere una reestructuración económica que el contexto internacional no consiente, como se ha visto en el caso de Chile. En estas naciones los regímenes militares se manifiestan más drásticamente movilizados.

Hasta aquí la enunciación crítica de las distintas teorías o modelos que trataron de explicar o dirigir el proceso latinoamericano en cuanto a su relación con la «presencia» militar.

No creyendo que los estudiosos cuando asumen las vestes de profetas encuentren soluciones generales y unívocas, excede nuestros límites (y los del presente trabajo) la propuesta de una nueva teoría mágica. Podemos solamente ratificar nuestra convicción de que tanto la «presencia» como los regíme-

(57) J. COTLER: «Crisis política y populismo militar en el Perú», en *Estudios Internacionales*, 12, 1970.

(58) G. O'DONNELL: *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, 1972.

nes militares en América Latina obedecen a situaciones espaciales, temporales y coyunturales que deben ser analizadas cada vez en su individualidad, resistiendo a la tentación de emanar teorías generalizantes que en mayor o menor tiempo se demuestran falaces.

SEGUNDA PARTE

1. *Las diversas fases de la intervención militar en América Latina*

Como anticipábamos en la introducción, en esta segunda parte analizaremos los cinco períodos que consideramos fundamentales para el examen de la «presencia» militar en el continente: *a)* la colonia; *b)* las guerras de independencia; *c)* el caudillismo; *d)* el origen y la profesionalidad de los ejércitos nacionales, y *e)* la guerra interna.

Estas fases corresponden con los grandes ciclos de la evolución de las naciones latinoamericanas, aunque no se producen en forma sincrónica, por lo cual nos limitaremos a esbozar las líneas de tendencia generales.

1.1 *La colonia*

La conquista española de América no fue realizada por el ejército regular: se trató de una empresa llevada a cabo por algunos capitanes de ventura, en muchos casos financiados por privados que lograban obtener la autorización de la Corona para realizar la expedición. Está claro, por tanto, que el objetivo no era el de obtener promociones en el campo de batalla, sino el de acumular un abundante botín. Estas características han dejado, sin duda, su impronta en la vida colonial.

La historia de la Conquista es en gran parte una historia de violencias, pero cuando la Corona quiso estabilizar su dominio sobre los territorios lo hizo utilizando un aparato burocrático compuesto sustancialmente por funcionarios civiles, como indica J. Vicens Vives (59). En todo este proceso, los militares cumplieron un *rol* secundario.

Por dos siglos no hubo en las colonias ejércitos regulares, y las funciones de defensa correspondían a los titulares de las *encomiendas* (*encomenderos*), los cuales, a cambio del derecho de percibir los tributos de las comunidades

(59) J. VICENS VIVES: «Una causa primaria: conflitti fra le monarchie di Occidente», en A. CARACCILO (recopilador): *La formazione dello Stato moderno*, Bologna, 1970.

indias, debían asegurar la neutralización de los ataques externos organizando cuerpos armados.

Solamente durante el siglo XVIII llegaron a Hispanoamérica los primeros verdaderos cuerpos militares formados en forma casi exclusiva por españoles nativos, reclutados en la metrópoli. Sucesivamente, la Corona autorizará paulatinamente la creación de compañías constituidas por criollos (en la acepción de españoles nacidos en América), y en un segundo tiempo, por mestizos y mulatos. Pero a esto se llega sólo al final del siglo XVIII o primeros años del siglo XIX, según las zonas, es decir, a los albores de los movimientos independentistas.

Para completar el cuadro es necesario recordar la existencia de las milicias cuya activación, de cualquier manera, no se produjo en todo el territorio colonial. Las crónicas de la época testimonian que esta institución, con su secuela de especiales entrenamientos, provocó una verdadera carrera a la exoneración, tanto que para contrastar esta tendencia se concedieron a los milicianos algunos privilegios, entre ellos el derecho de ser sometidos al fuero militar (L. McAlister) (60). Se trata de una jurisdicción especial, al principio exclusiva de los oficiales, que luego se extendió a los suboficiales y finalmente a los soldados simples. Estas prerrogativas dieron a las milicias, en algunas zonas, un prestigio creciente que las convertía en atrayentes para nuevos sectores: profesionales, comerciantes e incluso estudiantes. Pero, como recuerda R. Konetzke (61), pertenecer a las milicias no constituyó nunca una actividad profesional ni estos cuerpos fueron en realidad verdaderas fuerzas armadas [aun cuando M. Mörner (62) ve en ellas el origen del militarismo latinoamericano].

La escasez y el menos que incipiente profesionalismo de los cuerpos armados coloniales dejan poco espacio a la tesis genérica de R. Alexander (63), según la cual una de las causas del «desasosiego» de los militares latinoamericano de este siglo sería la habitual de intervenir en los problemas de estado heredada de los militares españoles, tesis que sin duda se refiere a los famosos «pronunciamientos», olvidándose de considerar que este fenómeno comienza en España en el momento en el cual las colonias se estaban separando de la metrópoli.

(60) L. N. McALISTER: *The «Fuero militar» in New Spain*, Gainesville, 1957.

(61) R. KONETZKE: *Süd-und Mittelamerika I. Die Indianerkulturen Altamerikas und die spanisch-portugiesische Kolonialherrschaft*, Frankfurt am Main Hamburg, 1965.

(62) M. MÖRNER: «Caudillos y militares en la evolución hispano-americana», en *Journal of Inter-American Studies*, 3, 1960.

(63) R. ALEXANDER: «The Army in Politics», en H. E. DAVIS (recopilador): *Government and Politics in Latin America*, Nueva York, 1958.

La conquista portuguesa se presenta, en algunos aspectos, especialmente los organizativos con sus consecuencias patrimoniales, disímil de la española, aun cuando semejante respecto al núcleo de nuestro problema. Tampoco el Brasil colonial contaba con ejércitos permanentes. El primer intento de organizar un cuerpo militar centralizado se verifica sólo en la mitad del siglo XVIII, en la época del «despotismo ilustrado», cuando asume el poder en Lisboa el marqués de Pombal. Es necesario considerar, en vista de la importancia que adquirirá años después, la constitución de la población de la colonia portuguesa en los primeros años del siglo XIX: un tercio se trataba de esclavos negros y se consideraba peligroso armarlos.

1.2. *Las guerras de independencia*

Las guerras de independencia dan origen a un período que se prolongará mucho más allá de las luchas entre las colonias y las metrópolis europeas. Precoces en Haití, colonia francesa, donde la rebelión causada por la cesación de Napoleón Bonaparte de restablecer la esclavitud en la isla ve surgir como nuevos jefes militares ex esclavos negros: Toussaint, Dessalines y Christophe, o mulatos con educación europea de impronta liberal, como Pétion y Boyer.

En Brasil había habido una intentona independentista republicana en 1789 en Minas Gerais, violentamente reprimida, entre cuyos inspiradores se destaca la figura del dentista Joaquín José da Silva Xavier (Ticadenes). La independencia formal de la colonia portuguesa se obtendrá sólo treinta y tres años después y sin guerra, en el momento en el cual João VI —que en 1808, huyendo de la invasión napoleónica, había transferido su corte al Brasil— vuelve a la madre patria (1812), en virtud de la nueva situación europea, y deja a su hijo la responsabilidad de gobernar un territorio que había sido transitoriamente metropolitano y no deseaba retornar colonial. La independencia proclamada por Dom Pedro I en 1822, seguramente de acuerdo con su padre, es, por tanto, mucho menos traumatizante que la de las colonias españolas, aun cuando registra connotaciones interesantes con relación a nuestro argumento: el emperador del Brasil, sin un ejército propio, debe recurrir a contratar mercenarios, desde oficiales a marineros y soldados, sea para enfrentar eventualmente las tropas regulares portuguesas que se hallaban en el territorio del nuevo Estado, sea para impedir el posible desembarco de nuevas fuerzas metropolitanas.

Muy distintas son las características de las guerras de independencia de las colonias españolas combatidas entre 1810 y 1824 (con la excepción de Cuba y Puerto Rico, que se sublevaron en 1895): después de la constitución de algunas «juntas» (semejantes a las españolas del período), que se procla-

maban fieles a Fernando VII, prisionero de los franceses, se delinea la fractura entre los independentistas, que aspiran a consolidar esta primera experiencia de autogobierno, y las fuerzas que se mantienen fieles a los Borbones.

Una parte no indiferente de los jefes de las formaciones y de los movimientos rebeldes que se extendían por toda América española no eran militares de profesión, sino civiles que habían sentido la necesidad de improvisarse tales: los abogados Belgrano y Castelli, que desde Buenos Aires marcharon hacia el Paraguay y la futura Bolivia, o O'Higgins en Chile o los sacerdotes Hidalgo y Morelos en Méjico, etc.

Si bien la mayor parte de estos movimientos se circunscriben a uno de los estratos étnico-sociales de la población colonial, los criollos, es verdad que cuando se deberá afrontar definitivamente las tropas regulares, reforzadas por nuevos contingentes enviados por el reconstruido reino de España al término de la ocupación napoleónica, fue necesario incorporar en los ejércitos criollos elementos que hasta entonces se había tratado de no movilizar: indios, mestizos, mulatos, negros. Esta fusión no fue sólo militar o política: se convirtió en un canal prioritario de movilidad social vertical para capas étnico-sociales que tenía un *rol* subalterno en las colonias. En los dos grandes ejércitos independientes —que, a través de campañas militares de gran alcance, convergían en el Perú para combatir la batalla definitiva en la última gran fortaleza española— se encontraban representantes de todos esos estratos y no pocos eran los oficiales mestizos. Se configura así un proceso que influirá notablemente en el período sucesivo.

Las guerras de independencia constituyeron una fase compleja, cuyas causas y consecuencias —que exceden los límites de este trabajo— se reflejan en los cambios de las alianzas entre los estamentos sociales y en la ruptura de las relaciones comerciales entre las colonias y las metrópolis ibéricas, que progresivamente cederán el paso a la hegemonía de Gran Bretaña. Se está de frente a un continente en guerra, pero no todavía a los orígenes del militarismo. Es necesario reflexionar sobre el hecho de que, de los dos grandes libertadores, solamente Bolívar, un aristócrata de ideas innovativas y no militar de carrera, tuvo una extensa influencia política en el continente, mientras San Martín, que se había formado profesionalmente en España, nunca tuvo un peso político personal, si se exceptúa el breve período de su gobierno en el Perú.

1.3. *El caudillismo*

Terminada la lucha contra el dominio español, el hecho no produce una real desmovilización militar. Por algunos decenios se prolonga un período

convulso, conocido en la historiografía liberal latinoamericana como la época de la anarquía. Los protagonistas, los caudillos, en algunos casos habían encabezado en los años precedentes formaciones regionales. En otros, eran veteranos de las campañas independentistas. Salvo excepciones, se trataba de hombres que habían tenido experiencia militar. En mayoría criollos, algunas veces mestizos —y eran tales la mayor parte de los lugartenientes—, habían alcanzado en el período bélico un nuevo *status* social. Se trataba, en general, de líderes carismáticos que reclutaban sus fuerzas en las áreas rurales, y la disciplina que imponían se transformaba en la única norma posible, incluso para los latifundistas que trataban de conservar la propia hegemonía en un clima de sangrienta guerra civil.

Es en esta fase que algunos estudiosos [V. Alba (64), R. Alexander (65), J. Johnson (66)] consideran que se encuentra el origen del militarismo latinoamericano. Se trata sin ninguna duda de un período de violencia durante el cual se asiste a una paramilitarización de la vida de las ex colonias, mas los conflictos contingentes responden a precisas causas de orden económico, político y social. En cuanto a estas últimas, se ha ya indicado la existencia del conflicto latente entre los estratos étnico-sociales que se estaban preparando en los años precedentes. En el aspecto económico se configura en línea de máxima una fractura ciudad-campaña entre las *élites* criollas de la costa, exportadoras de materias primas, que perciben su incorporación al mercado internacional como un acto de «civilidad», y los sectores que cuentan con una estructura económica tradicional, que temen que tales cambios provoquen su aniquilamiento o marginación. Los estratos subalternos no son capaces de hacer emerger sus propios intereses de clase y es así que asumen el modelo de las relativas clases dirigentes.

Políticamente se presenta la clásica fractura centro-periferia típica e inevitable en la construcción del Estado, y que en América Latina se concreta en el conflicto entre aquellos que se proponen instituir, bajo la propia hegemonía, nuevos estados nacionales centralistas y los sectores que auspician el respeto por las autonomías locales y no se resignan a un inexorable *rol* periférico.

Que estos conflictos hayan sido estructuralmente inevitables, y no sólo el fruto de un incipiente militarismo, lo demuestra el hecho de que en el Brasil —en el cual no hubo guerras de independencia (con las secuelas positivas o negativas que podían comportar)—, donde la Corona aseguró la presencia de

(64) V. ALBA: *El militarismo*, México, 1959.

(65) R. ALEXANDER: *Op. cit.*

(66) J. J. JOHNSON: *The Military and Society in Latin America*, Stanford, 1964.

un poder central unificador como punto de referencia, si bien menos dramáticamente, se reprodujeron puntualmente estos conflictos de transición. En los niveles económico y social el contraste se produce entre esclavistas y anti-esclavistas, entre los agrarios conservadores del Nordeste y los fazendeiros del Sur, conflictos que desembocarán en el golpe de mano contra Dom Pedro I y en su abdicación. En este episodio llega a ser determinante la colaboración de los jefes militares.

En cuanto al contraste centro-periferia, son ejemplares las rebeliones independentistas de Pernanbuco, Rio Grande, Pará.

1.4. La «profesionalización»

a) Antes de 1930.

Esta etapa de la historia militar latinoamericana coincide, sin duda, con el período conocido como el de la *organización nacional*, según la historiografía tradicional, o el de la *instauración de las oligarquías liberales* (G. Beyhaut) (67), o el de la *afirmación del régimen neocolonial* (T. Halperin Donghi) (68), o el de la *organización política* [J. Lambert (69), F. Morales Padrón (70)]. Los procesos de unificación nacional, no definitivamente resueltos, en muchos casos se estructuran por medio de pactos inter-caudillos o a través de las «dictaduras unificadoras». Los grupos sociales dominantes sientan las bases para la constitución de los nuevos Estados. A la tarea de elaboración del aparato jurídico e institucional se acompaña la creación de los ejércitos permanentes y de carrera, cuya primera función será someter a los caudillos no hegemonizados por las *élites* centrales. Tal evolución no constituye una prerrogativa latinoamericana; desde el siglo XVI en adelante, a medida que avanzaba el proceso de formación de los Estados modernos en Europa, cada uno de ellos consolidó la construcción de los propios ejércitos permanentes, como lo recuerda el clásico ensayo de A. Vagts (71).

En Brasil, en virtud de las especificidades indicadas, esta fase se realizó en tiempos aparentemente precoces, en cuanto a las experiencias del resto del

(67) G. BEYHAUT: *América Centrale e Meridional*, Milán, 1968.

(68) T. HALPERIN DONGHI: *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, 1969.

(69) J. LAMBERT: «Les interventions militaires dans la politique en Amérique Latine», en L. HAMON (recopilador): *Le rôle extra-militaire de l'armée dans le Tiers Monde*, París, 1966.

(70) F. MORALES PADRÓN: *Historia de Hispanoamérica*, Sevilla, 1972.

(71) A. VAGTS: *A History of Militarism, Civilian and Military*, Nueva York, 1937.

continente. En 1830 la regencia del general Lima y Silva, que sigue a la abdicación de Dom Pedro I, reestructura el ejército, estableciendo el servicio militar obligatorio para los ciudadanos brasileños. Posteriormente, las fuerzas armadas ocuparán un *rol* no indiferente en la vida política; mas en 1840, a través del acuerdo entre los partidos liberal y conservador, llega al poder Dom Pedro II, hijo del precedente monarca, sin intervención militar. La Corona, que se sostiene sobre todo gracias al apoyo de los «señores de la tierra», procederá a una labor de mediación, que permitirá al Brasil superar con un costo ínfimo, aun cuando parcialmente, las mismas fracturas que desgarraban a las naciones vecinas. Cuando en 1888 la campaña abolicionista es más aguerida, obligando a la Corona a declarar el término de la esclavitud, ésta se encuentra por primera vez disociada de los agrarios del Nordeste. Es a través de esta fisura que se abren paso las fuerzas republicanas apoyadas por los productores de café de San Paulo y por los fazendeiros de Río Grande. Pero la caída de la monarquía, un año después, se produce a causa de un golpe militar, cuyo jefe, el general Deodoro da Fonseca, será en 1891 el primer presidente de la nueva República. Y pocos meses después disolverá el Parlamento, respondiendo así a las fuerzas centrifugas de la provincia. Por parte de la Marina se producirá una intentona de restauración monárquica, que será rechazada por el sucesor de Deodoro, el general Floriano Peixoto, un cabloco (mestizo).

El definitivo consolidamiento de una nueva alianza de clase en el poder, bajo la hegemonía de los magnates del café —el nuevo sector impulsor de la economía de exportación brasileña que pacta con las economías periféricas de las provincias—, se consolidará entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX, configurando lo que se llamó la «política de los gobernadores».

En esta fase, las fuerzas armadas ejercen en Brasil un papel fundamental, como en la mayor parte de los países de América Latina. Los estratos dominantes, en el período en examen, representan los sectores económicos más dinámicos, ligados al mercado internacional, a los cuales corresponde una clase política prevalentemente urbana y de imagen liberal, ideológicamente modernizante, de matriz positivista, frecuentemente antimlerical. Estaba compuesta por profesionales, literatos, periodistas y muchos de los oficiales de alto rango de los nuevos ejércitos permanentes. Se trata de militares de profesión, sin ser todavía profesionales formados en orgánicas academias (la primera que se instituyó en el continente fue la argentina, fundada en 1869).

Ejercen un *rol* importante en el proceso de modernización —o, si se prefiere, de europeización— acelerada que se actúa incluso por vía autoritaria. Este modelo —clase dirigente exportadora, clase política urbana, comandan-

tes militares— se extiende rápidamente en Hispanoamérica, desde Argentina a Méjico, llevando a los generales a los más altos cargos gubernativos de sus respectivos países, más que por la directa presión de la fuerzas que comandan, en virtud de su vinculación con las *élites* dominantes y como sector de éstas.

Por otro lado, el desarrollo orgánico de los ejércitos de profesión continúa con la acción de las misiones extranjeras específicamente contrastadas y con la constitución de escuelas superiores destinadas a los oficiales aspirantes a los más altos rangos de la jerarquía militar. Los asesores militares extranjeros: franceses en Brasil, alemanes en Chile, Argentina y Perú, cumplen un *rol* destacado en la caracterización de las fuerzas armadas latinoamericanas [sobre este tema son interesantes las reflexiones de G. Atkins-L. Thompson (72) y de J. Schaeffer (73)]. Mientras los instructores en Chile asumieron funciones directivas en el ejército del país andino (por esta razón era habitual encontrar apellidos aristocráticos alemanes entre sus más altos grados), en Argentina se limitaron a tareas de asesoramiento. Aunque el propósito inicial fue el de acelerar la modernización y la profesionalización de los respectivos ejércitos, la presencia de los asesores, al mismo tiempo, originó la dependencia, por lo que se refiere al suministro de armas y a la penetración de modelos ideológicos. Estas tendencias convergerán, en algunos casos, con corrientes intelectuales generadoras de un nuevo nacionalismo, que, por reacción a los Estados Unidos —cuyo expansionismo en el Caribe insinúa una política de hegemonía sobre todo el continente—, indaga y exalta la raíz cultural hispánica.

En ese período, América Latina vive un proceso de urbanización acelerada, y en los países económicamente más sólidos, los sectores medios y los estratos obreros emergentes tienden a manifestarse políticamente a través de partidos organizados: el *battlismo* en el Uruguay y el Partido Radical en Argentina. Fueron representantes típicos de los sectores medios, que se asoman a la escena política pidiendo medidas de democratización, una mayor participación, más que un verdadero cambio del modelo de vida dominante.

Es en este cuadro, que comprende sobre todo las naciones de Cono Sur y en cierto modo también el Brasil, que veremos aparecer un tipo nuevo de oficiales instruidos en las academias militares y provenientes de los sectores sociales intermedios (en parte hijos de inmigrantes); por ejemplo, aquellos

(72) G. ATKINS y L. THOMPSON: «German Military Influence in Argentina, 1921-1940», en *Journal of Latin American Studies*, LI, 1972.

(73) J. SCHAEFFER: *Deutsche Militärhilfe an Südamerika: Militar un Rüstungsinteressen in Argentinien, Bolivien, Chile*, Düsseldorf, 1974.
1968-1975», en *Journal of Latin American Studies*, 1, 1976.

que en los años 1890, 1893 y 1905 participarán con los radicales en las tentativas fallidas de arrebatar el poder a los conservadores en Argentina, o los que en Brasil darán vida a un movimiento democratizante llevado a cabo por oficiales jóvenes: el *tenentismo*.

Este proceso, en el cual los sectores medios emergentes piden espacio de participación en el sistema político, se produce durante los primeros decenios del siglo, sin relevantes sacudidas institucionales.

Un caso singular de intervención militar es el de Méjico, donde en 1910 comienza una revolución campesina contra el régimen liberal-autoritario de matriz positivista del general Porfirio Díaz, representante del capitalismo agrario, basado sobre las grandes haciendas. El largo período de luchas sangrientas, que por más de una década afectará a la nación azteca, tendrá una salida institucional definitiva solamente a partir de 1934, con la presencia del general Cárdenas. El modelo mejicano, a pesar de algunos inconvenientes, permitirá al país una firme continuidad constitucional. Son sus pilares: la reforma agraria, que debilitará consistentemente las élites terratenientas; la expropiación de las sociedades petrolíferas extranjeras; las enormes inversiones estatales para desarrollar la industria pesada y, no indiferente, a configuración de un especial sistema político estructurado alrededor del Partido Revolucionario Institucional, de hecho un partido único, en el cual están encuadrados también los más altos rangos militares.

b) *Después de 1930.*

Para la gran mayoría de los países de América Latina, la crisis de 1929-1930 provoca la ruina del modelo económico dominante, que se basaba sobre la exportación de materias primas. En estos países se difunde, en general, la política de control de cambios y de limitación de las importaciones, y así comienza el proceso de «industrialización sustitutiva», consistente en el proyecto de producir en la patria todo aquello que llegaba del exterior. Desde un punto de vista institucional, contemporáneamente, se asiste a una verdadera conmoción. Mientras en 1928 sólo seis países del área estaban gobernados por dictaduras militares, entre 1930 y 1937 se producen treinta y cuatro golpes de Estado en catorce países. Evidentemente no se trata de golpes de características y signos políticos similares: se diferencia el golpe de Estado conservador, que en 1930 hace caer por primera vez en Argentina un gobierno constitucional, del que en el mismo año permite a Getulio Vargas inaugurar en el Brasil su régimen populista. En la misma forma, difieren sustancialmente los cinco golpes militares que se produjeron en Chile entre 1931 y 1932 —uno de los cuales pretende imponer una constitución de carácter socialista— del que, en 1930, lleva al poder en el Perú al coronel Sánchez Cerro.

No obstante la disparidad de métodos y objetivos, en todos estos casos, sin embargo, existe al menos un elemento común: no se trata de la decisión personal de un jefe militar: estas intervenciones no son asimilables a los habituales pronunciamientos.

Anómala en este panorama es la experiencia de la pequeña Costa Rica, en la cual, luego de la insurrección de 1948, se disolvió el ejército, sustituyéndolo por una reducida fuerza policial, y desde entonces se han sucedido ininterrumpidamente regímenes constitucionales.

También en Bolivia el MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario), que subió al poder en 1952, decidió, además de la reforma agraria y de la nacionalización de las minas, la disolución del ejército; pero esta medida posteriormente quedó sin efecto en virtud del cambio de ruta del proceso.

1.5. *La guerra interna*

Este período y la última parte del precedente tienen características complejas, que se refieren a etapas históricas demasiado cercanas (un profundo análisis de la literatura, por cierto no unánime en los juicios, ha sido el objeto del párrafo anterior). Pero para entender adecuadamente los temas en debate es necesario precisar algunas de las características fundamentales de este ciclo. En primer lugar, el *rol* de factores internacionales en las intervenciones y en la instauración de regímenes militares. No obstante la enunciación, en 1823, de la famosa doctrina del presidente estadounidense Monroe, que excluía toda forma de intervención colonizadora europea en el continente, éstas se habían verificado sin ninguna reacción por parte del país del Norte. Entre tanto, la emergente potencia americana se había anexionado una parte de Méjico e, indirectamente también, de Colombia, a través de la escisión de Panamá en 1903 para la construcción del canal interoceánico bajo la dirección del ejército estadounidense.

Había fracasado, en cambio, un proyecto de convención tendente a regular los conflictos entre los Estados del continente, que preveía la unión aduanera y una sede permanente en Washington. Mas la vocación hegemónica del país del Norte se había ya materializado no sólo a través de las presiones diplomáticas destinadas a influir en el curso de la revolución mejicana, sino también en las ocupaciones de Nicaragua, Haití, la República Dominicana y Cuba, que dieron origen a las dictaduras militares de Somoza, de Vicent, de Trujillo. En virtud de la enmienda Platt, que tenía que ser incluida en la constitución cubana, y según la cual los Estados Unidos se reservaban algunas bases y el derecho de intervenir «para proteger la independencia y mantener un gobierno estable», su ejército ocupó la isla desde el 1906 al 1909 (se había

retirado en 1902, después de la guerra hispanoamericana) y organizó una fuerza militar que estuvo al servicio de los diversos gobiernos despóticos, hasta la rebelión de 1933 de los suboficiales, dirigida por F. Batista.

Durante el período de la Segunda Guerra Mundial, poco después del comienzo de la participación efectiva de los Estados Unidos en el conflicto, éstos trata de influir en los demás países del continente para que intervingan en su misma posición. Sólo Brasil y Colombia envían algunos contingentes a Europa; el resto se mantiene neutral o, como es el caso de Argentina, declara la guerra a Alemania a fines de abril de 1945 (o sea, poco antes de la rendición).

El período de la «guerra fría» y del nacimiento de la OEA (Organización de los Estados Americanos) —1948— se distingue por la promoción de actividades destinadas a asegurar una alianza continental anticomunista. Queda sin efecto la tradicional teoría de la no ingerencia en los asuntos internos de los otros Estados. En 1954 se condena la revolución guatemalteca de 1944 —llevada a cabo con el apoyo de una parte del ejército—, considerándola con características comunistas. Algunos meses más tarde, tropas mercenarias, sostenidas por los Estados Unidos, invaden Guatemala. En 1959 triunfa la revolución cubana, que dará origen a una serie de reacciones en cadena.

Inmediatamente, en la primera década de los años sesenta la Administración Kennedy lanza con gran énfasis un programa de colaboración: la Alianza para el Progreso. Al mismo tiempo se realiza un cambio decisivo en la estrategia político-militar de los Estados Unidos en sus relaciones con las fuerzas armadas de las naciones del Sur; el verdadero alcance de esta mutación se hará más evidente en los años sucesivos. Confirmando esta afirmación se encuentran dos hechos significativos: a) las ayudas militares estadounidenses a América Latina pasan de 200.000 dólares en 1952 a 91 millones en 1961, que corresponden casi al doble de la suma concedida en 1960 (53 millones y 700.000 dólares); b) la Escuela Militar del Caribe de Fort Gulick, en la zona del canal de Panamá, fundada en 1949 principalmente para instruir técnicos del ejército de los Estados Unidos, desde el 1 de julio de 1963 se llama Escuela Militar Estadounidense de las Américas, y su principal tarea es la de entrenar personal latinoamericano a los efectos de «reforzar la seguridad interna en la paz o en la guerra». Muchos de los jefes militares que han tenido un rol importante en los regímenes de los años sesenta y setenta se encuentran entre los diplomados latinoamericanos de la Escuela (hasta 1964 eran 16.343, en relación a los 9.876 estadounidenses) (74). Además de suministrar la instrucción para la lucha antisubversiva, los Estados Unidos insistían en la

(74) La Escuela fue uno de los principales centros de irradiación de la teoría de la

creación de una fuerza militar interamericana. En las reuniones de la OEA a esta iniciativa se oponen hasta los sectores que están más estrechamente vinculados a la potencia del Norte, tanto que, hacia la mitad de los años setenta, se debilitan las presiones en este sentido.

Un punto fundamental del problema se refiere al peso específico de los ejércitos en las sociedades latinoamericanas. Estos no sólo generalmente controlan el aparato tecnológico del Estado y administran los sectores clave del proceso productivo, sino que también durante un cierto período (los años setenta en general) habían creado «agencias» especializadas en la programación gubernativa e incluso auténticos centros ideológicos. Todo esto explica por qué, culminando un proceso que comenzaba a manifestarse en la década de los años treinta, los regímenes militares de los años setenta en América Latina se presentaban cada vez más autosuficientes, es decir, con escasa participación de personal civil (directamente nula en los más altos niveles decisionales). Cada vez más los golpes representaban las Fuerzas Armadas en su unidad y, en general, el más absoluto respeto de las jerarquías (Bolivia, 1964; Argentina, 1966 y 1976; Perú, 1968; Uruguay y Chile, 1973; Brasil, 1964).

Esta actitud de cohesión interna, sin embargo, en muchos casos ha tenido un efecto de *boomerang* para las Fuerzas Armadas. En efecto, el compromiso absoluto y unitario (no ya de un sector vencedor o de un arma, o quizá las responsabilidades sólo en algunos aspectos de la vida nacional) han evidenciado la impreparación arrogante con la cual han actuado. Más allá de los casos brasileño, uruguayo y chileno se puede considerar emblemática la experiencia argentina: un régimen militar que nace «reclamado» y se desarrolla sostenido por vastos sectores civiles se retira de la escena política en humillada soledad o al máximo acompañado de vituperio; el régimen se proponía como moralizador y rectificador de los abusos precedentes, mas la justicia ha sido encargada de investigar sobre no pocos casos de corrupción a distintos niveles; pensó que su gestión económica sería ejemplar para el resto del continente y, en cambio, se alcanzaron niveles de inflación hasta entonces desconocidos y se generó una deuda externa astronómica, con la contemporánea destrucción del aparato económico interno, pagado a un altísimo precio social: desocupación y empobrecimiento de la población, dejando a salvo los sectores especulativos.

Este cuadro así delineado podría ser común a otros regímenes militares. El caso argentino adquirió otros rasgos distintivos, que lo convierten en peculiar: la magnitud de la represión, que consistió en el secuestro y asesinato de

«seguridad nacional» que constituyó, esencialmente en los años setenta, el fundamento ideológico de la intervención militar en Latinoamérica. En septiembre de 1984 la Escuela ha sido desmantelada oficialmente en consideración a su elevado coste económico.

al menos 10.000 opositores —reales o presuntos—, la «guerra interna» y la ineficiencia estratégica demostrada en la conducción de una guerra externa culminada en un desastre militar.

EPILOGO

No estaba entre los objetivos de este trabajo presentar nuestras propias tesis, sino más bien releer críticamente las teorizaciones sobre el argumento. Pero en el curso de la exposición, a través de los apuntes críticos o de las objeciones manifestadas, el lector ha podido conocer algunos lineamientos de nuestra posición respecto al tema en examen.

No queriendo abusar ulteriormente de su paciencia, podemos, sólo sintéticamente, recordar que, según nuestra opinión, no es posible encontrar causas unívocas ni ensayar interpretaciones generalizantes, válidas para explicar la «presencia» de los militares latinoamericanos en distintos contextos socio-económicos y a través de diferentes circunstancias temporales.

La línea de tendencia que parece insinuarse con la instauración de gobiernos civiles, elegidos más o menos actualmente libremente, en un período de enormes dificultades económicas, representará, sin duda, un interesante *test* que pondrá a prueba algunas teorizaciones. Considerando, además, que esta etapa se caracteriza por la conflictividad interna que acompaña los regímenes militares todavía vigentes, originada en cierta medida también por la situación económica, la evolución política del subcontinente será, sin duda, un campo fértil de análisis, siempre que se recuerde considerar que situaciones idénticas a nivel superficial corresponden a profundas diferencias, que deben ser evidenciadas.

La respuesta —interna y del contexto internacional— al aparente desafío de una auspiciable generalizada democratización formal del continente constituirá una de las pautas fundamentales de las futuras investigaciones.